

querido asistir á la ceremonia religiosa del matrimonio de Napoleon con la archiduquesa María Luisa; y sin embargo, estos dignos prelados, al declarar que no se proponían intervenir como jueces en la cuestion de validez del primer matrimonio del emperador con Josefina, no hicieron mas que respetar el derecho de la Santa Sede, derecho reconocido aun en la actualidad por los canonistas franceses, relativo á juzgar las causas de los soberanos en materias de matrimonio, cuya conducta atrajo sobre aquellos prelados la indignacion y resentimiento del emperador, y que por parte del Santo Padre merecía aprobacion y agradecimiento. Finalmente, se pedía que no se permitiera á los cardenales di Pietro y Pacca aproximarse á la sagrada persona del Papa. Su único crimen era el haberle permanecido siempre fieles con peligro de su vida hasta el momento en que fué brutalmente arrancado de sus Estados, y en que sus ministros pagaron con una dura cautividad su fidelidad y adhesion. Mas hay que tener presente, que di Pietro era autor de la bula de excomunion, y que esta habia sido lanzada bajo el ministerio del cardenal Pacca: esta doble circunstancia explica suficientemente el rigor de Bonaparte.

En seguida principiaron las conferencias (1) entre los obispos de Tréveris y de Evreux, y los cuatro cardenales José Doria, Dugnani, Fabricio Ruffo y de Bayanne, y el arzobispo de Edesa, que habitaban todos en distintos departamentos del palacio imperial. Los que dirigian este asunto, al ver que Pio VII se hallaba absolutamente postrado y parecia no hallarse en estado de resistir á sus reiteradas peticiones é instancias, calcularon el efecto de una de esas fiebres lentas que

(1) *Memor. del card. Pacca*, t. 2, p. 84-87. — *Artaud, Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 302-307.

predisponen á la postracion de las fuerzas, y á una especie de apatía mezclada con el deseo de morir. Cuando ya no tuvieron al frente mas que un cuerpo débil, casi sin accion, y que apenas podia tomar alimento, quisieron dejar al emperador la gloria de la conclusion final del tratado. Así, pues, en la tarde del 19 de enero pasó este acompañado de la emperatriz María Luisa á Fontaineblau, y al presentarse al Pontífice le abrazó, le besó en el rostro, é hizo otras mil demostraciones de cordial amistad. En aquella primera entrevista no se habló de asuntos. Pio VII, que juzgando por la inagotable bondad de su corazon habia siempre atribuido los malos tratamientos á subalternos inicuos, pareció hallarse muy satisfecho de aquellas demostraciones exteriores, las refirió á las personas que solia ver diariamente, y jamás olvidó la circunstancia del abrazo y del ósculo. Mas en el estado de debilidad en que se hallaba, no sabia á punto fijo lo que queria decir aquella visita, en la que nada mas se habia tratado que de simples cumplimientos de un soberano para con un sagrado huésped á quien recibia en uno de sus palacios.

Al dia siguiente hubo otras entrevistas entre Pio VII y Bonaparte. Se ha dicho que en una de estas el emperador agarró al Santo Padre por el cabello, y le injurió villanamente; pero el Santo Padre, á quien se preguntó despues muchas veces sobre el particular, desmintió este hecho diciendo: «No, nunca cometió semejante indignidad, y Dios permite que con esta ocasion no tengamos que proferir una mentira. Sin embargo, por los discursos del emperador se ha podido comprender que usó con el Papa un tono de autoridad y hasta de desprecio y que llegó hasta el extremo de decirle que no estaba muy versado en las ciencias eclesiásticas, lo cual no era menos ofensivo á la verdad que á la cortesía.

Entretanto los cardenales que habian pro-

metido su apoyo al gobierno francés, inquietaban al Pontífice, repitiendo los mismos argumentos, y diciéndole que en su lugar firmarían un concordato cuyas bases le proponían; no se cansaban de decirle que los cardenales eran los consejeros naturales del Papa, y que persistían en ver el fin de los males de la Religion en una última complacencia, cuyo resultado seria dar libertad á sus colegas que se hallaban en prision, y que por esta única razon no se presentaban á dar el mismo consejo que ellos: que por lo demás, á su llegada era indudable que aprobarían cuanto en las deplorables estremidades á que se habia llegado se hubiese hecho. Pio VII tenia ya setenta y un años. Su vida gastada por los dolores, desarreglos de salud, y repugnancia á los alimentos; su sensibilidad escitada por el deseo de ver á los cardenales que se hallaban presos; la insistencia importuna de Bertazzoli, que le instaba á concederle todo; las súplicas de los cardenales italianos que trataban este importante asunto, y le fatigaban algunas veces con previsiones amenazadoras, ó acompañadas de cierto desprecio; el silencio absoluto de toda voz discreta y noble que alentara aquella alma amortiguada por los padecimientos; en fin, la aproximacion de la muerte, todo, en una palabra, contribuía á desanimar al Pontífice, á quien ya en aquellos momentos no le quedaba mas facultad que el poder mover la mano para trazar maquinalmente un nombre. Este nombre fué puesto el 25 de enero en un papel que Napoleon firmó inmediatamente despues de él.

Para obligar al Papa á recibir la pluma de manos del cardenal José Doria, le habian hecho creer sus propios consejeros que no se trataba de firmar mas que unos simples preliminares que debían quedar secretos hasta que en el consejo de todos los cardenales reunidos se conviniera en el modo de poner en ejecucion aquellos artículos provisionales. Entonces

Pio VII, ostigado por los tres cardenales y por los obispos que le impulsaban á un acomodamiento cualquiera, y violentado por la presencia del emperador, que le contemplaba fijamente pero con aire bastante benévolo, se volvió hácia algunos individuos de su servidumbre que se hallaban presentes, pidiéndoles con su mirada un consejo. En este estado de agitacion, ¿quién sabe si un *nó* valeroso, pronunciado aunque fuese en voz baja por el último de sus secretarios, habria vuelto á dar á Pio VII toda su antigua resolucion? Pero nadie pronunció ese *nó*; antes bien todos, bajando la cabeza y encogiéndose de hombros, contestaron con aquel ademán que ordinariamente se hace cuando se aconseja ceder y resignarse. Finalmente, el Papa, en el acto mismo de poner la firma, dió claramente á entender que no lo hacia con arreglo á lo que le dictaba su corazon. Es de advertir que el tratado es enteramente insólito por estar firmado por los dos soberanos que negocian ó tratan juntamente: sin duda Napoleon, al obrar así, quiso ahorrarse el temor de una negativa al tiempo de la ratificacion.

Una vez firmado este documento por el Papa y por el emperador, se habló inmediatamente de llamar á los cardenales deportados y de la libertad de los que se hallaban presos. Ocurrieron grandes dificultades por lo tocante al cardenal Pacca, y segun dijo posteriormente el Papa, aquello fué una verdadera batalla: pues el emperador rehusaba conceder su libertad diciendo: «Pacca es enemigo mio.» Al fin Bonaparte cedió, diciendo que nunca habia hecho las cosas á medias. Entonces dió orden de despachar un correo á Turin mandando poner en libertad al cardenal. Mas exceptuando los cardenales, ninguna de las víctimas de la persecucion fué puesta en libertad ni llamada del destierro. El prelado De Gregorio, el P. Fontana y los demas prelados ó eclesiásticos continuaron siendo tratados con el

mismo rigor. Fenestrelles, Pignerol, Compiano, la Córcega y demas prisiones de Estado siguieron reteniendo, como en tiempos pasados, las personas cuyo celo ó fidelidad habian disgustado al emperador (1).

Hemos dado ya noticia de los dos anteriores concordatos de 1515 y 1801; por lo tanto colocaremos aqui el de 25 de enero de 1813, aunque no tuvo ni debia tener ningun valor:

«S. M. el emperador y rey, y Su Santidad, deseando poner término á las diferencias que se han suscitado entre ellos, y remediar las dificultades sobrevenidas en varios asuntos de la Iglesia, han convenido en los artículos siguientes, que deben servir de base para un arreglo definitivo:

»Art. 1.º Su Santidad ejercerá el pontificado en Francia y en el reino de Italia del mismo modo y con las mismas formas que sus predecesores.

»Art. 2.º Los embajadores, ministros ó encargados de negocios de las potencias cerca del Santo Padre, y los embajadores, ministros ó encargados de negocios que el Papa pueda tener cerca de las potencias extranjeras, gozarán de las inmunidades y privilegios de que gozan los individuos del cuerpo diplomático.

»3.º Los dominios que el Santo Padre posea y que no se han enagenado quedan exentos de toda especie de contribucion y serán administrados por sus agentes ó encargados de negocios: los que hayan sido enagenados serán reemplazados hasta completar la renta de dos millones de francos.

»4.º En los seis meses siguientes á la notificacion de costumbre de la presentacion por el emperador para los arzobispados y obispados

(1) Mem. para la hist. ecles. del siglo XVIII, t. 3, pág. 596.

»dos del imperio y del reino de Italia, el Papa dará la institucion canónica con arreglo á los concordatos y en virtud del presente indulto. La prévia informacion se hará por el metropolitano. Pasados los seis meses sin que el Papa haya otorgado la institucion, el metropolitano, y en su defecto ó si se tratase de un metropolitano, el obispo mas antiguo de la provincia procederá á la institucion del obispo nombrado, de manera que una Sede no pueda estar vacante mas de un año.

»5.º Se reserva al Papa el nombramiento, bien en Francia, bien en el reino de Italia, para diez obispados, que de mútuo acuerdo se designarán en lo sucesivo.

»6.º Se restablecerán los seis obispados suburbicarios y corresponderá su nombramiento al Papa. Se restituirán los bienes que existan actualmente y se tomarán providencias respecto de los que hayan sido vendidos. A la muerte de los obispos de Anagni y Rieti, quedarán sus diócesis incorporadas á estos dichos seis obispados con arreglo al convenio que se celebrará entre S. M. y el Santo Padre.

»7.º Por lo tocante á los obispos de los Estados romanos, ausentes de sus diócesis por las circunstancias, el Santo Padre podrá ejercer en su favor el derecho de darles obispados *in partibus*. Se les concederá una pensión igual á las rentas de que gozaban, y podrán ser colocados en las Sedes vacantes, sea del imperio, sea del reino de Italia.

»8.º S. M. y Su Santidad se pondrán de acuerdo con la oportuna anticipacion sobre la reduccion que haya de hacerse en los obispados de la Toscana y del país de Génova, así como para los obispados que tengan que establecerse en Holanda y en los departamentos anseáticos.

»9.º La Propaganda, la Penitenciaría y los archivos se establecerán en el lugar en que resida el Santo Padre.

»10. S. M. perdona á los cardenales, obispos, sacerdotes ó personas seglares, que incurrieron en su desgracia por los actuales acontecimientos.

»11. El Santo Padre accede á estas disposiciones por consideracion al estado actual de la Iglesia, y en la confianza que S. M. le ha inspirado de que dispensará su poderosa proteccion á las tan numerosas necesidades que sufre la Religion en los tiempos en que vivimos. (*Siguen las firmas.*)

»Fontainebleau 25 de enero de 1813.»

Por este tratado abandonaba el Pontífice la soberanía de Roma, de la cual no tiene mas que la administracion como soberano electo (1). A lo que se ve, debia residir casi siempre en Francia, alli donde tuviese á bien enviarle el emperador. Por lo demás en este atentado revolucionario se echa de ver claramente la emboscada para apoyar una nueva revolucion.

Al dia siguiente de la firma de este fatal concordato, el emperador regaló á los cardenales José Doria, Fabricio Ruffo y Bertazzoli una caja de oro con su retrato enriquecido de preciosos diamantes. Declaró á los dos primeros oficiales de la Legion de Honor, y al otro caballero de la Corona de Hierro El capellan del cardenal Doria, que habia copiado los artículos, recibió tambien el obsequio de un solitario de brillantes; y finalmente, se distribuyeron diversas sumas á los de la servidumbre del Papa, como si por una y otra parte se hubiera firmado uno de aquellos tratados razonables de verdadera política, en que cada cual encuentra su interés bien entendido. Napoleón mandó que se anunciase al imperio la conclusion del concordato, y quiso que se cantara un *Te Deum* en todas las iglesias.

(1) Mem. del cardenal Pacca, t. 2, p. 87-88.—Araud, Hist. del Papa Pio VII, t. 2, p. 308-310.

Mientras que el emperador permaneció en Fontainebleau, el Papa tuvo, en cuanto le fué posible, ocultos sus sentimientos sobre todo lo que habia ocurrido; mas apenas se marchó Napoleon, cayó Pio VII en una profunda melancolía y se vió atormentado de nuevos accesos de fiebre. Al llegar del destierro algunos cardenales, y particularmente á la llegada del cardenal di Pietro, el Papa conferenció con ellos sobre los artículos que habia firmado, y no tardó en ver bajo su verdadero aspecto las consecuencias que podia tener esta funesta firma. Lleno de amargura y dolor, se abstuvo de celebrar misa durante varios dias, y solamente á fuerza de ruegos de un cardenal sábio y piadoso, consintió en volver á acercarse de nuevo al altar. Como se le vió sumergido en una viva desesperacion, no ocultó la causa de ella á los obispos franceses y á los cardenales que habitaban en el palacio: entonces fué cuando Napoleon, temiendo que el Papa se retractara y revocara lo que habia concedido, publicó, faltando á su palabra, los artículos del concordato y los hizo anunciar solemnemente al senado conservador por el archicanciller Cambaceres.

No puede describirse la siniestra impresion y el mal efecto que produjo la publicacion de este concordato (1). Los buenos católicos de Paris quedaron inconsolables, y muchas señoras que, mirando á Pio VII como un santo tenian su retrato en la cabecera de su cama, le hicieron pedazos; y otras, cediendo á un esceso de viveza propio del carácter francés, lo arrojaron al fuego. En el resto de Francia se creyó generalmente que la publicacion del concordato era una nueva impostura del gobierno, y otro tanto sucedió en Alemania é Italia. En Roma la noticia del concordato fué recibida con carcajadas y silbidos. Estaba el pueblo romano tan persuadido de que el Papa no habia

(1) Mem. del card. Pacca, t. 1, p. 326-329.

aprobado este extraño convenio, que á pesar de las cartas que se recibían de Francia, en las que personas dignas de fé aseguraban haber visto con sus propios ojos la firma de Pio VII en el acta del concordato, discurrieron ingeniosamente un modo de explicar esta contradicción: dijeron que el Santo Padre, antes de haber sido violentamente arrancado de la Santa Sede, habia entregado al prefecto de la Dataría algunos pliegos de papel blanco con su firma, para que hiciese uso de ellos en ciertos negocios; y que habiendo caído estos pliegos en poder del gobierno francés, cuando el prefecto de la Dataría fué arrestado y conducido á Fenestrelles, habian escrito sobre uno de ellos los artículos del pretendido concordato para hacer creer al mundo que habian sido aprobados y firmados por el Papa (1).

Así las cosas, llegó á Fontainebleau el cardenal Pacca. «Al acercarme al palacio imperial, dice en sus *Memorias* (2), esperaba encontrar mucha concurrencia, sabiendo que era la residencia del Papa, de algunos cardenales, de muchos obispos franceses y ministros del emperador: pensaba yo que habiendo vuelto á ponerse espeditas las comunicaciones con el Santo Padre, interrumpidas por espacio de cinco años, vendrían de París y de las demas ciudades inmediatas muchos fieles por asuntos de conciencia; pero no vímas que algunas personas del pueblo. No faltó quien á mi llegada llamó al portero de palacio, que al momento abrió un

(1) Los parisienses, cuya alegre frivolidad hasta de los sucesos mas tristes suele sacar partido para decir chanzonetas, hicieron entonces este retruécano: En el rostro de los cardenales echaron de ver la desaprobación y hasta la vergüenza á vista de los artículos firmados por el Papa; y aludiendo al permiso que el emperador acababa de conceder á los cardenales denominados *negros*, de volver á tomar las insignias encarnadas del cardenalato, decían: «El Papa ha firmado con el emperador un concordato que pone colorados á los cardenales.»

(2) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 305-309.

»enverjado por donde se entra á un patio muy grande. En el fondo de este hay una grande escalera que conduce á los aposentos régios. »No encontré mas centinela que el que estaba en lo alto de la escalera; todas las ventanas y puertas estaban cerradas, y reinaba un profundo silencio, que mas que casa Real parecia prision de Estado. No sabiendo á quien dirigirme para pedir audiencia, envié á mi ayuda de cámara, que á los pocos minutos volvió con Hilario Palmieri, que era uno de los criados italianos á quienes se habia permitido seguir al Papa. Palmieri me dijo que podia entrar inmediatamente aun con el traje de camino que llevaba y que el Papa me recibiria. El cardenal José Doria me recibió en la antesala; abrazóme llorando y dándome mil señales de amistad y afecto para espresar la alegría que le causaba mi presencia. Encontré tambien algunos prelados franceses, y al entrar en el aposento del Pontífice, ví que este habia dado algunos pasos para salir á recibirme. Mucho me sorprendió y afligió el verle encorvado, pálido, macilento y con los ojos apagados y sin movimiento como un hombre enteramente anonadado. Tendióme los brazos y me dijo que no me esperaba tan pronto: yo le respondí que me habia dado prisa en venir á postrarme á sus pies y manifestarle toda mi admiración por la heroica constancia con que habia soportado tan largo y duro cautiverio. Pero lleno de dolor me contestó con estas terminantes palabras: *pero al fin nos hemos deshonrado: esos cardenales nos arrastraron á esta mesa y nos hicieron firmar.* Entonces asiéndome de la mano me condujo al sitio en que estaba sentado, y haciéndome tomar asiento, me preguntó algunos pormenores sobre mi viaje, y despues me dijo: «Podeis retiraros: esta es la hora en que recibo á los obispos franceses: ya teneis habitación preparada en el palacio.» Al sali

»de este aposento fuí conducido por el conserje de palacio á una pequeña estancia que se me habia destinado, la cual estaba situada en un gran corredor en que habitaban otros cardenales y obispos franceses. Lo solitario del lugar, el silencio y la tristeza que reinaba en todas las fisonomías, el profundo dolor en que el Papa estaba sumergido, y el frio recibimiento que me dispensó, me causaron tal sorpresa y angustia de corazón, que es mas fácil de imaginar que de describir. De allí á poco, monseñor Bertazzoli, limosnero de Su Santidad, posteriormente cardenal, vino á decirme que si el Papa me habia despedido tan pronto, era para desembarazarse cuanto antes de la audiencia de los obispos franceses, y que me recibiria con mucho gusto antes de comer. Recomendábame usar de mucha prudencia en mis palabras aun delante de las personas de la comitiva del Papa, y yo comprendí perfectamente lo que me quería decir. Volví á ver á Su Santidad y lo encontré en un estado verdaderamente digno de compasión, y que me inspiró temores por su vida. Ya el Santo Padre habia sido advertido por sus Eminencias los cardenales Di-Pietro, Gabrielli y Litta, que eran los primeros que habian llegado á Fontainebleau, de la falta que se le habia hecho cometer, y considerando el abismo en que le habian precipitado pérfidos consejos, Su Santidad se sentia poseído de un justo horror. Pio VII habia pues caído en una profunda melancolía, y al hab'arme de este acontecimiento se entregaba á un dolor excesivo, diciendo que no podia arrancar de su espíritu aquel tristísimo pensamiento, ni dormia de dia, ni de noche, ni tomaba casi ningun alimento; y por último, (son propias palabras suyas) *que moriria loco como Clemente XIV.* Hice entonces cuanto estuvo de mi parte por consolarle; le conjuré á que se tranquilizara, y le dije que de cuantos males podian afligir

»á la Iglesia el peor y mas funesto de todos seria su muerte; que de allí á pocos dias se veria rodeado de todos los cardenales que estaban en Francia, algunos de los cuales le habian dado pruebas nada equívocas de su celo por los intereses de la Santa Sede y de afecto á su sagrada persona; que podia depositar en ellos su confianza, y que consultándolos hallaria remedio á la desgracia que le habia sucedido. A estas palabras *hallar remedio*, pareció que tomaba algo de ánimo y exclamó interrumpiéndome: «¿Creeis que pueda hallarse remedio?» — «Sí, Santo Padre, le contesté: para casi todos los males hay un remedio.» Al fin de la audiencia me dijo, que me dispusiera á marchar á Paris de allí á pocos dias, para ser presentado al emperador y á la emperatriz. Traté de escusarme de un viaje tan desagradable; pero el Papa me hizo ver que todos los demas cardenales lo habian hecho, y que si yo no iba, lo tomarian á mal, y se consideraria como una falta de respeto á esos soberanos. «Pues bien, contesté, Santísimo Padre, agotaré estas heces del cáliz de la amargura, y partiré en breve á Paris!» Entre cuatro y cinco de la tarde volví á ver al Pontífice y la conversacion tomó el mismo giro; yo no podia distraerle de modo alguno, aunque trataba de hablar sobre otras materias. Díjome, quizá para disminuir el horror que por todas partes escitaban las escandalosas concesiones hechas en el concordato, que el emperador le habia presentado otros artículos peores aun, y que él los habia rechazado: al mismo tiempo sacó de su escritorio un papel que tenia bajo llave, y me lo hizo leer. (Era el que Duvoisin habia entregado al Santo Padre de parte del emperador.)

Por la tarde del mismo dia, 18 de febrero, llegó el cardenal Consalvi (4), y se presentó

(4) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 313.

á la audiencia del Papa que le estaba esperando con impaciencia, y le habia nombrado ministro para entablar un nuevo tratado con el gobierno imperial.

Antes no podian aproximarse á Pio VII mas que los obispos franceses, los cardenales rojos residentes en Paris y algunos agentes del emperador; pero luego se permitió á las personas de todas clases entrar á oír la misa del Santo Padre, y besarle los pies en una cámara inmediata á la capilla (1). Apenas se divulgó en Francia la noticia de este permiso se vió llegar en tropel de todas partes y de mas de treinta leguas al rededor personas de todas condiciones, que con una devoción ejemplar é interesante asistian á la misa del Santo Padre y del arzobispo de Edesa. Muchos quisieron tener la dicha de recibir de manos del Papa la Santa Eucaristía; espectáculo de piedad y Religion que verdaderamente conmovia, y que debió contribuir mucho á reanimar en el corazon de los franceses la antigua fé de sus padres.

Algunos dias despues llegaron de todos los departamentos de Francia é Italia los arzobispos y obispos que Napoleon habia mandado llamar para ponerse de acuerdo con el Papa y los cardenales sobre la ejecucion del concordato. Exceptuando algunos que gozaban de buena reputacion y que pasaban por adictos á la Santa Sede, la eleccion de Bonaparte recayó generalmente sobre los que se creia que serian mas dóciles y complacientes á sus deseos, sea por espíritu palaciego, sea por sus bien conocidos principios de aversion al Papa y á la corte romana. Entre ellos figuraban Le Coz, arzobispo de Besanzon, poco antes obispo intruso de Rennes; Perier, obispo de Aviñon,

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, p. 89-92.

y anteriormente obispo constitucional de Grenoble; de Latour, arzobispo de Turin; el obispo de Pavia; Buonsignori, obispo de Faenza, nombrado para la Iglesia patriarcal de Venecia, que gobernaba ya bajo el título de vicario capitular; Osmond, obispo de Nancy, electo arzobispo de Florencia, donde, con desprecio del Papa, que en un breve dirigido al cabildo metropolitano prohibia á este prelado gobernar aquella iglesia, habia usurpado violentamente ese título y causado el destierro y prision de muchos canonistas recomendables; Fallot de Beaumont, obispo de Plasencia (Italia), electo para la iglesia metropolitana de Bourjes; Dania, obispo de Albenga; Selvi, obispo de Grosseto en Toscana; y Vaucamp, párroco de Amberes, nombrado recientemente por el emperador obispo de Bois-le-Duc (1), país de mision en el Brabante holandés, antes que el Santo Padre hubiese vuelto á establecer allí la Sede episcopal destruida por los calvinistas.

Estos últimos, así como los prelados llamados en esta ocasion, pasaron, antes ó despues de su llegada á Paris, á cumplimentar al Pontífice á Fontainebleau, anunciándose el patriarca de Venecia, el arzobispo de Florencia, y el obispo de Bois-le-Duc con estos mismos títulos. No sabemos lo que es mas digno de admiracion, si la impudencia de los que en el acto de presentarse á tributar homenaje al Santo Padre, le causaban en realidad una nueva afrenta, ó la estupidez de los que los presentaban al Santo Padre con semejantes

(1) Esta creacion de Bonaparte fué un motivo de persecucion para este país. Van-Alphen, vicario apostólico de Bois-le-Duc, que por otro motivo habia sido llevado á Vincennes, fué solicitado para que entregase sus poderes á la persona nombrada por el emperador para el obispado decretado. Habiéndose negado á hacerlo, fué retenido en Paris hasta la caída de Bonaparte. Muchos curas de su vicariato fueron también arrebatados y desterrados á Francia (*Memor. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 398).

títulos insultantes. De esto resultaba además un daño que aumentaba la afliccion de los hombres de bien y escandalizaba á muchas personas. Pio VII, naturalmente inclinado á la dulzura, y debilitado entonces física y moralmente por las enfermedades y padecimientos y por la tristeza causada por la firma del concordato, recibia y trataba á todo el mundo con la misma cordialidad y benevolencia, sin hacer distincion de personas segun sus méritos, y sin dar á conocer á los prelados desobedientes y rebeldes, ya que no con palabras y amenazas, por lo menos con cierto aire de frialdad, su desaprobacion y los justos motivos que tenia para estar descontento de ellos. Pero véase qué uso hicieron ellos del buen recibimiento que se les dispensó: apenas salieron de la audiencia, cuando sin perder tiempo contaron á todo el mundo cómo habian sido recibidos, y se apresuraron á escribirlo á sus provincias, á fin de hacer ver que el Papa no habia desaprobado ni desaprobaba su conducta pasada.

Tal era el estado de las cosas, cuando el cardenal Pacca volvió de Paris á Fontainebleau en 27 de febrero.

Los individuos del Sacro Colegio, que habian podido visitar particular y frecuentemente al Papa en palacio desde el mes de junio de 1812, eran los cardenales José Doria, Dugnani y Fabricio Ruffo; y como ya últimamente se permitió á Pio VII llamar cerca de sí y dar habitacion en palacio á los cardenales que quisiera tener cerca de su persona, eligió á Mattei, decano del Sacro Colegio; á Della Somaglia, di Pietro, Gabrielli, Pacca y Consalvi. Mucho faltaba aun sin embargo para que el Pontífice pudiera creerse enteramente en libertad. El arzobispo de Tours y los obispos de Tréveris, Nantes y Evreux habitaban igualmente en palacio con encargo de vigilar su conducta y de acelerar á las negociaciones del concordato. También tenia habitacion en

él el coronel de gendarmería Lagorse que habia acompañado á Pio VII desde Savona.

Al dia siguiente de la llegada del cardenal Pacca, Bertazzoli le presentó de parte del Papa una copia de los artículos del concordato, y un billete dirigido al Santo Padre por el emperador la tarde misma en que se firmó el convenio, billete que estaba concebido en los siguientes términos (1): « Santísimo Padre, habiendo sabido que Vuestra Santidad, al firmar los artículos del concordato que ponen término á las divisiones que afligen á la Iglesia, habia concebido el temor de que se le pudiera inducir á que renunciase implícitamente á sus pretensiones sobre los Estados romanos, tengo un placer en asegurarle que no habiendo yo nunca creído deber pedirle una renuncia de la soberanía temporal sobre dichos Estados, Vuestra Santidad no debe temer que pueda nunca pensarse que, al firmar los mencionados artículos, ha renunciado directa ó indirectamente á sus derechos y á sus pretensiones. He tratado con el Papa considerándole como jefe de la Iglesia en materias espirituales. Finalmente, Santísimo Padre, ruego á Dios conserve á Vuestra Santidad durante largos años en el gobierno de nuestra santa madre la Iglesia. Fontainebleau 25 de enero de 1813. Vuestro afectísimo hijo, *Napoleon*. » Puede considerarse este billete como una nueva befa por parte del emperador. En efecto, en él se tratan de pretensiones los derechos sagrados é incontestables de la Sede Apostólica sobre los Estados romanos, y se dá á entender que el emperador nunca habia tenido intencion de pedir una renuncia de que no tenia necesidad. Otra circunstancia hacia aún resaltar la vergüenza con que se pretendia cubrir al Papa, y es que los malévolos que no conocian la humildad y

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 94-96.